

## CLASE I. TEMAS 1 Y 2

### ROMA Y JERUSALÉN: EL MUNDO EN QUE NACIÓ CRISTO

**Síntesis.** *En esta sesión analizaremos el contexto histórico, cultural, religioso, filosófico y social del Imperio romano en el momento en que Cristo vino al mundo. Estudiaremos cómo la unificación política, la expansión del helenismo, la existencia de una lengua común (la koiné), y la «Pax romana» facilitaron la difusión del Evangelio. También abordaremos la decadencia religiosa y filosófica del mundo pagano, y cómo esta crisis generó una expectativa espiritual y un anhelo de renovación que preparó al mundo para recibir el cristianismo. Veremos, además, el ambiente social y moral del Imperio en general y de Palestina en particular, incluyendo la situación del pueblo judío y la influencia de sectas como los fariseos, los saduceos y los esenios de Qumrán.*

#### TEMA 1: EL MUNDO ROMANO A LA VENIDA DE CRISTO

##### 1. La plenitud de los tiempos

La Encarnación del Verbo eterno y la fundación de la Iglesia constituyen el eje central de la historia humana. No se trata de un acontecimiento aislado ni fortuito, sino de un hecho que tuvo lugar en un momento histórico concreto, dispuesto por la Providencia divina con sabiduría insondable. San Pablo lo llama «la plenitud de los tiempos» (Gal 4, 4), expresión que sugiere que el mundo se hallaba, en cierto modo, preparado para recibir al Salvador. Aunque los juicios de Dios no siempre son comprensibles al entendimiento humano, la historia permite entrever ciertos factores que actuaron como preparación remota para la venida de Nuestro Señor Jesucristo. Este es, precisamente, el punto de partida de la Historia de la Iglesia: comprender las condiciones que facilitaron la instauración del cristianismo. El Hijo de Dios nació en Palestina en el contexto político-social del Imperio romano, del cual esta región formaba parte como una provincia periférica. Así, tanto su predicación como los inicios de la Iglesia se desarrollaron en el seno del mundo romano. De ahí que, antes de estudiar el ambiente inmediato de Palestina, convenga analizar primero el marco más amplio en que tuvo lugar la Encarnación: el mundo romano en su apogeo.

##### 2. La unidad del Imperio romano

Uno de los factores históricos más relevantes para comprender la difusión inicial del cristianismo es la unificación del mundo conocido bajo el dominio del Imperio romano. Esta unidad no sólo fue política y administrativa, sino también cultural y lingüística, y facilitó notablemente la predicación apostólica. En tiempos de Cristo, el Imperio abarcaba una vasta extensión territorial, con un sistema de comunicación sin precedentes: una densa red de calzadas y vías marítimas, —especialmente en torno al Mediterráneo, llamado con razón *Mare Nostrum*— que conectaba las principales regiones del Imperio, desde Egipto hasta Hispania, desde Siria hasta Britania pasando por Germania, Galia, Helvetia o Batavia. Esta infraestructura permitió a los misioneros cristianos viajar con relativa seguridad y rapidez.

Junto a esta unidad material, existía también una profunda convergencia cultural. El fenómeno del helenismo, una fuerte corriente de pensamiento heredada de las conquistas de Alejandro Magno (356-323 a. de C.) había disuelto muchas de las antiguas barreras entre los pueblos, propagando una cultura común grecolatina en la que coexistían elementos orientales y griegos. Esta cultura compartida incluía, además, un lenguaje común: la *koiné*, una forma simplificada de griego que se convirtió en la lengua franca del mundo romano, especialmente en Oriente. Fue en esta lengua en la que se escribieron los Evangelios y las cartas apostólicas, y en la que san Pablo pudo dirigirse a comunidades de diversas regiones.

Mientras tanto, en Occidente, el latín se consolidaba progresivamente como la lengua unificadora en las provincias occidentales del Imperio. Esta doble unidad —griego en el Oriente y latín en el Occidente— sirvió como canal providencial para la expansión del Evangelio. La *pax romana*: 27 a. de C.-180 d. de C.), impuesta tras largos siglos de conflictos, creó un ambiente de estabilidad inédito, que favoreció la comunicación entre pueblos y culturas. No es de extrañar, pues, que los primeros cristianos vieran en esta coincidencia entre la plenitud del Imperio y la venida de Cristo una disposición especial de la divina Providencia. Como afirmó el primer historiador de la Iglesia, Eusebio

de Cesarea (circa 316-339) e su *Historia eclesiástica*, el Imperio romano fue una preparación providencial para el nacimiento y la expansión del cristianismo.

### 3. El estado religioso del Imperio Romano

El panorama religioso del Imperio Romano en tiempos de Cristo revela una profunda crisis espiritual y moral. Se percibe una decadencia generalizada: las antiguas religiones tradicionales — centradas en el culto a los dioses domésticos y estatales— habían caído en descrédito, especialmente entre las élites cultas. El politeísmo, antaño sostén cultural de la vida pública, había perdido su fuerza vital y se encontraba sustituido en gran parte por el escepticismo o el relativismo la indiferentista. En este contexto, surgió el culto al emperador, promovido por Augusto (63 a. C.- 14 d. de C) como instrumento político de cohesión. Aunque revestido de cierta solemnidad religiosa, su finalidad era la exaltación de la unidad imperial. Inspirado en los modelos orientales de divinización de la autoridad, este culto no pretendía sustituir a las deidades tradicionales, pero sí canalizar el sentido de lo sagrado hacia la figura del emperador como representante del poder absoluto de Roma.

Simultáneamente, el auge de los cultos orientales introdujo en el mundo romano nuevas formas de religiosidad. Divinidades como Isis, Serapis, Baal, Cibeles o Mithra ganaron terreno entre las masas urbanas, fascinadas por sus ritos misteriosos, su simbolismo moral y su promesa de salvación personal (*sotería*). Estas religiones, aunque plagadas de elementos supersticiosos, expresaban una búsqueda auténtica de redención y vida eterna, lo que indica una preparación remota para la doctrina cristiana. Junto a estos fenómenos, se multiplicaron las prácticas esotéricas —astrología, magia, nigromancia— que revelaban el vacío interior de una sociedad sin certezas espirituales. Esta proliferación de supersticiones llevó incluso a las autoridades imperiales a emitir leyes restrictivas contra las prácticas mágicas, percibidas como una amenaza social. Sin embargo, dentro de este desorden religioso emergían señales providenciales: una creciente tendencia hacia el monoteísmo, una espiritualización progresiva del concepto de divinidad, y una confusa pero extendida expectativa de renovación universal. Algunos autores paganos como Virgilio (*Églogas*, IV, 4), recogieron esta intuición en sus escritos, en los que se alude a la aparición de un Salvador procedente del Oriente.

Todos estos datos permiten afirmar que el estado religioso del mundo grecorromano constituía una preparación negativa, a causa del evidente agotamiento religioso-moral del paganismo, pero también una preparación positiva, debido a la disposición creciente de los pueblos a recibir una revelación de carácter verdadero y universal: el cristianismo.

#### 3.1. La decadencia de los sistemas filosóficos

En paralelo con la descomposición del panorama religioso del mundo romano, también la filosofía —llamada a suplir en parte la carencia de una religión verdadera— se encontraba, en tiempos de Cristo, en un estado de profunda crisis. Aunque los grandes sistemas filosóficos griegos habían alcanzado cimas notables de especulación racional, hacia el cambio de era sus desarrollos posteriores mostraban síntomas de agotamiento y fragmentación. La rica tradición filosófica de Grecia había dado a luz pensadores de enorme talla, Sócrates, Platón y Aristóteles abordaron cuestiones fundamentales sobre Dios y la antropología, la ética y la política, formulando doctrinas que —aunque incompletas y limitadas por la sola razón natural— contenían intuiciones que preparaban los ánimos para recibir la Revelación cristiana. Se trata de lo que san Justino, filósofo y mártir, denominó como *semina Verbi* (semillas del verbo, es decir, las semillas de la verdad presentes en la filosofía pagana antigua). Platón, por ejemplo, propuso una concepción elevada del Ser supremo como fuente del bien y de la verdad; Aristóteles, por su parte, desarrolló la noción del Primer Motor inmóvil, un ser necesario que mueve el universo como causa final.

Sin embargo, al llegar la plenitud de los tiempos, la filosofía se hallaba en una decadencia generalizada. Las grandes escuelas clásicas habían sido desplazadas por corrientes pragmáticas o escépticas. El epicureísmo, centrado en la búsqueda del placer y la evasión del sufrimiento, negaba toda providencia divina; el cinismo atacaba la religión y el orden moral con sarcasmo corrosivo; y el escepticismo, representado por Pirrón y sus sucesores, negaba incluso la posibilidad del conocimiento cierto, sembrando dudas radicales sobre la verdad. En este contexto, la escuela estoica se convirtió en la corriente dominante entre las élites cultas del Imperio. Aunque defendía una ética elevada —basada

en el dominio de las pasiones y la austeridad de vida—, su concepción de Dios era profundamente panteísta y determinista. Todo estaba regido por el hado, y la libertad quedaba subsumida bajo una necesidad absoluta. No obstante, algunos estoicos, como Séneca, Marco Aurelio o Epicteto, alcanzaron formulaciones morales que resonaban con el eco de ciertos principios cristianos, razón por la cual algunos Padres de la Iglesia vieron en ellos figuras cercanas al cristianismo.

A pesar de su crisis interna, la filosofía antigua conservaba notables elementos valiosos. Estos fragmentos de verdad sirvieron de puente para muchos hombres hacia la plenitud de la fe, como reconocieron autores cristianos como san Clemente de Alejandría (*Protréptico* y *Stromata*), quien consideraba la filosofía griega como un «don de Dios», en cuanto preparación natural para el Evangelio. Así, puede decirse que la situación filosófica del mundo antiguo, al igual que la religiosa, ofrecía una preparación negativa, al evidenciar la insuficiencia y limitación de la razón por sí sola; pero también una preparación positiva, en cuanto dejaba al descubierto una aspiración genuina al conocimiento del verdadero Dios.

### **3.2. La decadencia social del Estado romano**

A la par de la crisis religiosa y la bancarrota filosófica, el mundo romano, en los tiempos previos al nacimiento de Cristo, mostraba una profunda decadencia social y moral. Esta corrupción no era superficial ni limitada a ciertos sectores, sino estructural, afectando desde la célula básica de la sociedad —la familia— hasta las instituciones del ocio y del poder. El colapso era tan evidente que destacados historiadores modernos de Roma, como Theodor Mommsen (1817-1903), lo han considerado el telón de fondo más elocuente para comprender la necesidad de una intervención divina.

#### **3.2.1. La familia romana en ruinas**

La descomposición comenzaba por la institución familiar. El matrimonio romano se había convertido en una institución degradada, efímera y sin la menor estabilidad ni respeto. El divorcio practicado con suma ligereza era el símbolo de una mentalidad hedonista y asentada. Las mujeres, amparadas por el derecho romano, gozaban de una independencia que degeneró frecuentemente en frivolidad y capricho. La frase de Séneca (4 a. de C.-65 d. de C.), según la cual las matronas romanas contaban los años no por los cónsules sino por sus maridos, lo resume todo. Ni siquiera las leyes del emperador Augusto —como la *Lex Iulia* y la *Lex Papia Poppaea*— lograron frenar la resistencia al matrimonio y consecuente baja natalidad. Estas medidas, aunque bien intencionadas, fracasaron estrepitosamente. El modelo natural y tradicional de familia romana, base de la estabilidad moral de la República, se encontraba en vías de extinción.

#### **3.2.2. Lujo, ocio y corrupción**

Debido a las riquezas fabulosas que produjeron las sucesivas conquistas territoriales, la vida romana imperial se convirtió en un torbellino en búsqueda del lujo y el ocio cada vez más exóticos y llamativos. Las élites vivían en una perpetua exhibición de riqueza, recibiendo la pleitesía de sus abundantes redes clientelares, así como celebrando banquetes extravagantes y compitiendo en el despliegue de las mayores excentricidades culinarias y estéticas. La corrupción moral se manifestaba en la gastronomía más absurda, en la ostentación desmedida en los vestidos, peinados, joyas y maquillajes, y en la frivolidad generalizada, incluso entre los varones, antaño modelo de sobriedad y masculinidad. El número de esclavos entre las familias ricas se contaba por varias decenas de miles, usados no solo como fuerza de trabajo y atención doméstica, sino como objetos de placer o símbolos de estatus social. Las esclavas más jóvenes y bellas eran frecuentemente mantenidas como concubinas, al igual que los jóvenes esclavos, que también eran adquiridos por su belleza para ser exhibidos en banquetes y fiestas. Esta cosificación del ser humano contribuyó de forma rápida y directa a la descomposición del orden moral por medio de una sexualidad altamente desordenada.

#### **3.2.3. Las diversiones romanas: símbolos de una sociedad enferma**

Fue en el mundo del espectáculo donde se mostró con mayor crudeza la degeneración del alma romana. Lo que en otros tiempos había tenido un matiz sagrado, como el caso de los juegos y las fiestas públicas, se habían transformado en una maquinaria de manipulación política y en un instrumento de embrutecimiento colectivo. El pueblo era mantenido bajo control con la fórmula clásica de *panem et circenses*, y exigía cada vez más violencia y crueldad. Las luchas de gladiadores,

aclamadas con frenesí por multitudes, degeneraban en verdaderas orgías de sangre. Ya no era un noble deporte lo que se celebraba, sino la muerte sádica. Los condenados, criminales y esclavos capturados en las campañas militares, eran arrojados a la arena para luchar entre sí o ser devorados por las fieras salvajes. Los coliseos, como el de Roma, con sus 80.000 asientos, eran catedrales del horror donde el pueblo pedía sangre a gritos.

La *venationes* —luchas entre fieras o entre fieras y hombres— alcanzaron proporciones monstruosas. A modo de ejemplo, en los juegos de Septimio Severo (145-211) fueron sacrificadas 700 fieras en solo siete días. A menudo, estos espectáculos se emplearon para ejecutar a los cristianos, que —debido a su demonización social— se convirtieron pronto en las víctimas favoritas del morbo colectivo.

#### **3.2.4. Teatro pervertido**

El teatro romano vivió una perversión moral unida en proporción ascendente al creciente fenómeno del erotismo como espectáculo. Salvo muy contadas ocasiones en las que se representaban las obras clásicas griegas, llenas de un hondo significado antropológico, el género que predominaba era las comedias vulgares y los mimos obscenos, plagados de referencias sexuales directas o implícitas, junto a una mitología degradada, pensada para halagar los instintos más bajos del público. Cuando en el inicio del Renacimiento paganizante Giovanni Boccaccio (1313-1375) escriba su famoso *Decamerón*, la fuente principal de la que beberá será el decadente teatro romano antiguo.

### **TEMA 2: EL MUNDO JUDÍO A LA VENIDA DE CRISTO**

#### **1. El estado político del pueblo de Israel**

En el momento en que Cristo vino al mundo, el pueblo de Israel vivía bajo el dominio romano, reducido a una provincia más dentro del vasto Imperio. Sin embargo, no puede comprenderse adecuadamente la trascendencia de este hecho sin atender a la compleja y dolorosa evolución política que el pueblo elegido había atravesado desde su establecimiento en la Tierra Prometida. Tras la conquista de Canaán bajo Josué, las doce tribus vivieron una etapa de organización tribal con escasa cohesión política. Durante la época de los jueces, la supervivencia frente a pueblos vecinos fue el motor de su acción colectiva. La constitución de la monarquía con Saúl, y especialmente con David y Salomón, marcó el punto álgido de su poder y unidad. No obstante, esa prosperidad fue breve: a la muerte de Salomón, el reino se dividió en dos —Israel al norte, y Judá al sur— iniciando una sucesión de decadencias políticas y religiosas.

El desastre sobrevino con las deportaciones. En el año 721 a. de C., el reino del norte fue destruido por Asiria; más tarde, entre 596 y 587 a. de C., Nabucodonosor conquistó Jerusalén, arrasó el templo y deportó a la élite de Judá a Babilonia. El pueblo de Dios entraba en una fase de humillación y prueba conocida como el exilio babilónico. La situación cambió en 536 a. de C., cuando Ciro el Grande, tras conquistar Babilonia, permitió el regreso de los judíos. Este gesto fue interpretado como un acto providencial que reanudaba la historia sagrada.

Sin embargo, desde entonces, el pueblo de Israel vivió sometido a poderes extranjeros: primero los persas, luego los griegos, y más tarde los reinos helenísticos —los Ptolomeos de Egipto y los Seléucidas de Siria— tras las conquistas de Alejandro Magno. Durante la dominación seléucida, no solo se sufrió una opresión política, sino también un ataque cultural y religioso. La política helenizadora amenazaba con asimilar la identidad judía. La profanación del templo por Antíoco Epífanes y su intento de sustituir el culto al Dios de Israel por el paganismo griego motivaron una resistencia heroica: la revuelta de los Macabeos. Este movimiento, liderado por la familia asmonea, representó una restauración religiosa y política temporal. En 164 a. de C., Judas Macabeo logró recuperar Jerusalén y purificar el templo. A partir de entonces, se vivió una etapa de relativa independencia, con una realeza sacerdotal que alcanzó su apogeo con Juan Hircano I. Pero las luchas internas no tardaron en destruir esta estabilidad. La guerra civil entre Hircano II y Aristóbulo II abrió las puertas a la intervención romana. En el año 63 a. de C., Pompeyo entró en Jerusalén y sometió definitivamente al pueblo judío a la entonces República romana.

La dominación romana se formalizó bajo el gobierno de Herodes el Grande (40 a. de C.–3 a. de C.), una figura controvertida. De origen idumeo y vasallo de Roma, Herodes gobernó con extrema brutalidad, aunque también promovió grandiosas obras, como la reconstrucción del templo de Jerusalén, aún más espléndido que el de Salomón. Su tiranía se manifestó en numerosos crímenes atroces, entre ellos la matanza de los Inocentes, relatada por san Mateo. A su muerte el reino se dividió entre sus hijos: Arquelao recibió Judea y Samaría, aunque fue pronto depuesto por su crueldad, Antipas gobernó Galilea y Perea, siendo quien presenciara la predicación de Cristo y la muerte de san Juan Bautista, y Filipo recibió las regiones más orientales. Judea pasó a estar directamente administrada por Roma mediante procuradores, entre los cuales destaca Poncio Pilato, gobernador entre los años 26 y 36 d. de C., bajo cuyo mandato fue crucificado el Salvador.

## **2. Desarrollo religioso del pueblo judío**

### **2.1. Misión providencial de Israel**

El pueblo de Israel, elegido por Dios como custodio de la Revelación, conservó el monoteísmo en medio de un mundo profundamente politeísta. La esperanza en el Mesías fue el faro que guiaba su historia, a pesar de sus frecuentes rebeliones y caídas en la idolatría. Las calamidades sufridas, como los exilios en Nínive y Babilonia, fueron medios providenciales para su purificación. Con la restauración de los Macabeos renació la esperanza mesiánica, aunque también se fue deformando la figura del Mesías prometido, al que muchos judíos comenzaron a concebir como un libertador político-militar.

### **2. Instituciones religiosas: el Sanedrín**

Era el consejo supremo de 71 miembros, ejercía una autoridad tanto civil como religiosa. Estaba formado por los sacerdotes, escribas y ancianos del pueblo. Aunque debía velar por la fidelidad del pueblo a la Ley, en tiempos de Cristo se hallaba corrompido por su politización y partidismo, siendo finalmente el órgano que injustamente juzgó y condenó a Jesucristo.

### **3. Partidos religiosos: saduceos, fariseos y esenios**

#### **2.3.1. Los saduceos**

Eran una élite sacerdotal, rica y racionalista, partidaria de la helenización, luego buscando avenirse siempre con el poder político romano. Negaban la resurrección, la existencia de los ángeles y del alma separada, y vivían una religión exterior y superficial, sin verdadera fe ni esperanza sobrenatural. Su influencia era grande debido a la posición social que ocupaban, pero su espíritu estaba muy alejado del corazón de la religión de Israel.

#### **2.3.2. Los fariseos**

Eran numerosos y gozaban del favor popular, considerándose los custodios estrictos de la Ley. Su rigorismo legalista, sin embargo, los llevó a la hipocresía, al orgullo espiritual y a deformar la imagen del Mesías, esperándolo como un caudillo político-militar. De ahí que se convirtieran en los enemigos acérrimos de Cristo, hasta terminar siendo uno de los principales motores de la oposición a su misión.

Tanto saduceos como fariseos, por razones diferentes, habían pervertido la verdadera religión de Israel. Los primeros por su incredulidad práctica, los segundos por su soberbia espiritual. Esta situación de corrupción religiosa mostraba claramente que también en el pueblo elegido se había llegado a la «plenitud de los tiempos», en el sentido de que se hacía urgente la necesidad del Redentor prometido que recondujera la religión de Israel.

#### **2.3.3. Los esenios**

Junto a los fariseos y saduceos, existía en tiempos de Cristo otro grupo importante: los esenios, una comunidad ascética y piadosa que vivía apartada del judaísmo oficial, alejada de las ciudades y consagrada al estudio de la Sagrada Escritura. Descritos por Filón, Flavio Josefo y Plinio el Viejo, se les considera la parte más pura del judaísmo de la época, con rasgos que recuerdan al futuro monaquismo cristiano. Se estructuraban como una comunidad rigurosa y organizada, estructurada en torno a un Consejo con jerarquía, baños rituales, comidas comunes y la estricta observancia de la ley mosaica. Rechazaban el templo oficial de Jerusalén, tenían normas litúrgicas propias y vivían en un régimen de comunión de bienes.

A pesar de que puedan encontrarse paralelismos, se han propuesto teorías exageradas que sostienen que el cristianismo sería una continuación del movimiento esenio. Aunque puedan encontrarse analogías externas, como la vida comunitaria, pureza ritual y el lenguaje escatológico, las diferencias esenciales entre ambas tradiciones son profundas. Cristo, los apóstoles y la Iglesia primitiva poseen una originalidad teológica y una novedad histórica irreductibles. El cristianismo no es una evolución del esenismo, sino una revelación divina nueva, cumplida en Jesucristo. Puede admitirse con sensatez que San Juan Bautista, conociera el ambiente esenio, e incluso que hubiera cierta influencia ambiental en aspectos de la vida ascética o comunitaria cristiana. Pero esto no afecta en absoluto a la verdad revelada de la fe cristiana. La Iglesia es de origen divino, no humano, y las coincidencias meramente son accidentales y no esenciales. Finalmente, cabe señalar la posibilidad de contacto entre los esenios y los judíos cristianos heréticos llamados ebionitas, que compartieron elementos de ascetismo. No obstante, esta relación pertenece al ámbito de la historia eclesiástica posterior y no afecta al origen apostólico de la fe cristiana.

### **3. Estado social y moral del mundo judío**

A pesar del contacto prolongado con el mundo grecorromano, la sociedad judía conservaba aspectos socialmente más sólidos, especialmente en la estructura familiar. La familia judía mostraba una mayor estabilidad: el padre poseía la autoridad indiscutible, pero la mujer gozaba de mayor respeto que en otras culturas orientales. Los hijos eran considerados una bendición, y la obediencia filial era altamente valorada. Sin embargo, la poligamia y el divorcio, aunque regulados por la ley mosaica, se habían vuelto comunes y problemáticos en tiempos de Cristo. La sociedad estaba fuertemente estratificada: i) los ricos y poderosos, como los saduceos favorecidos por Roma y que abusaban notoriamente de su posición privilegiada; ii) las masas populares—aunque protegidas en parte por la ley— sufrían miseria y la marginación, también especialmente a manos de los fariseos y doctores de la ley. Entre los israelitas existía también un grupo fiel y piadoso, que mantenía la esperanza mesiánica con sinceridad, como Zacarías, Simeón, José de Arimatea o el propio pueblo sencillo que esperaba al Salvador.

### **4. Los judíos de la dispersión (diáspora)**

Tras los destierros a Asiria y Babilonia, muchos judíos se establecieron fuera de Palestina, formando colonias estables, especialmente en Mesopotamia, Alejandría, Antioquía, Corinto y Roma. Alejandría, en particular, se convirtió en un importante centro intelectual judío, donde se realizó la célebre traducción bíblica de los Setenta. Estos judíos de la diáspora, llamados helenistas, vivían entre paganos, pero mantenían decididamente su identidad cultural y religiosa, aunque expuestos al influjo de las potentes ideas griegas. Un ejemplo de ello es Filón de Alejandría, que intentó unir la fe judía con la filosofía griega a través de una interpretación alegórica de la Escritura y su doctrina del Logos, que influyó en algunos de los primitivos autores cristianos y Padres de la Iglesia.

Además, los judíos de la diáspora ejercieron un notable influjo religioso sobre los paganos. Algunos se convirtieron completamente al judaísmo, como los prosélitos, mientras que otros —más numerosos— adoptaron ciertas prácticas judías, como el sábado o las leyes dietéticas, llamados los llamados temerosos de Dios. Este grupo fue clave como terreno fértil para la predicación cristiana, especialmente en la misión de san Pablo. Así, la diáspora judía también contribuyó de modo decisivo a preparar al mundo para la venida de Cristo.

### **Bibliografía básica**

En primer lugar, siempre es preferible el conocimiento directo de los clásicos y en este caso concreto, de los documentos o las fuentes primarias de los principales historiadores contemporáneos tanto de la República como del Imperio romano. Pasamos a enumerar a los principales sin citar la editorial ya que son varias las que los siguen reeditando, no obstante, recomendamos los títulos de la Editorial Gredos y de Alianza Editorial, ya que suelen realizar las mejores traducciones, introducciones y anotaciones de cara a su mejor comprensión por el lector no especializado.

CÉSAR, Julio, *Guerra de las Galias*; *Guerra civil*. Ambas con un claro fin autopropagandístico.

SALUSTIO, *Conjuración de Catilina*; *Guerra de Yugurta*. Son interesantes por el conocimiento que aportan acerca de la política interna y externa de Roma durante el periodo republicano.

SUETONIO, *Vida de los doce césares*. Empieza con la biografía de Julio César para continuar con la de los primeros once emperadores tras él, desde Octavio Augusto hasta Domiciano.

JOSEFO, Flavio, *La Guerra de los judíos*. Un testimonio ocular de primera importancia acerca del conflicto que llevó a la destrucción de Jerusalén y la deportación del pueblo judío el año 70.

LIVIO, Tito, *Historia de Roma*. Al mismo tiempo que narra los sucesos históricos, busca extraer de ellos una enseñanza moral junto con el acrecentamiento del patriotismo romano.

TÁCITO, *Anales*. Es considerado el historiador romano más riguroso.

Las obras acerca de la historia romana son inabarcables, habiéndose dado un notable resurgir de las investigaciones y correspondientes publicaciones en las tres últimas décadas. Son de referencia obligatoria dos grandes clásicos imprescindibles del estudio historiográfico sobre el Impero romano.

GIBBON, Edward, *Decadencia y caída del Imperio romano*, Atalanta, Gerona 2012, 2 vols. Escrita durante la Ilustración es una lectura de interés debido a que la tesis del autor es que el cristianismo fue el culpable de la caída del Imperio romano. San Agustín la refutó en *La Ciudad de Dios*, no obstante, el prejuicio antirreligioso contemporáneo —heredero de la Ilustración— la ha vuelto a resucitar, motivo por el que se hace necesario conocer bien su argumentario de carácter histórico.

MOMMSEN, Theodor, *Historia de Roma*, Turner, Madrid 2022, 4 vols. Una grandiosa reconstrucción sistemática y analítica de la civilización romana a la que el autor —premio Nobel— dedicó su vida. A pesar de su gran extensión, se lee con la soltura propia de una novela.

### **Bibliografía particular**

BRAGUE, Remí, *La ley de Dios. Historia filosófica de una alianza*, Encuentro, Madrid 2011. Obra para profundizar filosóficamente en la naturaleza e implicaciones de la Revelación bíblica.

COPLESTON, Frederick, *Historia de la filosofía*, Ariel, Barcelona 2011, vol. I. Paulatinamente, el alumno necesita adquirir una sólida cultura filosófica que pasa por el conocimiento de la historia del pensamiento, de forma que cuanto mayor sea su conocimiento filosófico más podrá comprender, no sólo la teología católica, sino también la misma Historia Universal y la de la Iglesia.

FRAILE, Guillermo, *Historia de la filosofía*, BAC, Madrid 2005, vol. I. Los principales personajes históricos no carecen de un sustrato de ideas que es necesario comprender. El anterior volumen junto con éste, elaborado por un reconocido tomista historiador del pensamiento filosófico, colaboran directamente a ello, ubicando las corrientes de ideas en el fondo de la historia.

HARD, Robin, *El gran libro de la mitología griega*, La Esfera de los Libros, Madrid 2019. Necesario aporte de los conocimientos acerca de la mitología grecorromana que el alumno debe adquirir a fin de comprender la cultura del mundo antiguo. Libro de consulta y profundización.

ROPS, Daniel, *El pueblo de la Biblia*, Palabra, Madrid 1989. Lectura divulgativa y amena, pero profunda a modo de resumen histórico de la Sagrada Escritura, por parte de un gran erudito católico que se basa en los trabajos de importantes historiadores, arqueólogos y exégetas.